

Diderot preceptor de la Europa ilustrada

Arsenio GINZO FERNÁNDEZ
(Universidad de Alcalá)

1. Diderot y el problema de Europa en el horizonte de la Ilustración

El tema de Europa constituye sin duda un aspecto fundamental en la obra de Diderot en cuanto pensador ilustrado¹. La Ilustración constituye un movimiento claramente europeísta y por ello cuando un autor como Ortega aborda el problema de la proyección de la idea de Europa a través de la historia no tiene reparo en calificar al siglo XVIII, el siglo de la Ilustración, como uno de sus momentos álgidos². Pues bien uno de los principales preceptores de la Europa ilustrada va a ser Diderot, por más que este aspecto de su obra, aunque siempre supuesto, no haya sido hasta ahora debidamente estudiado. Desearíamos por ello abordar en las siguientes páginas algunos de los aspectos fundamentales de esta dimensión de la obra diderotiana, aspirando con ello a hacer una pequeña aportación a la historia de la idea de Europa en el seno del pensamiento moderno.

La idea de Europa, en efecto, estaba en aquel momento histórico en el centro de atención. Por un lado el proceso de secularización que entonces estaba en curso hacía que fuera perdiendo vigencia el concepto de Cristiandad, de tanta relevancia todavía para la Europa del siglo XVI e incluso del XVII³. Frente a él el concepto de Europa se presentaba más aséptico y neutral desde un punto de vista confesional. Por otra parte estaba la vocación universalista del pensamiento ilustrado, de la racionalidad ilustrada. Cabría decir que surge ahora una nueva catolicidad, la catolicidad de la razón, como

¹ Cabe por ello referirse a Diderot como a un “gran europeo” tal como hace L. Gorny. Véase su estudio: *Diderot, un grand européen*, París 1971.

² J. Ortega y Gasset, *Obras completas*, IX, Madrid 1983, 261.

³ H. Gollwitzer, *Europabild und Europagedanke*, München 1964, 42.

contrapunto de la catolicidad religiosa, y que proyectaba su luz a lo largo del Continente europeo, desde Lisboa a San Petersburgo, desde Estocolmo a Nápoles, por más que la irradiación de las Luces no alcanzara la misma intensidad a lo largo de Europa.

La Europa de las Luces tenía, no obstante, la suficiente homogeneidad como para hacer que un autor como Rousseau, precursor también aquí de una nueva sensibilidad, se quejara de que en el horizonte ilustrado no quedara suficiente espacio para la identidad nacional. Tratando de aleccionar a los polacos respecto a las vías políticas a seguir, no puede menos de lamentarse: "Se diga lo que se diga no quedan ya hoy franceses, alemanes, españoles, ni tampoco ingleses: no hay más que europeos"⁴. Con su crítica Rousseau, ya avanzado el Siglo de las Luces, muestra a su manera toda la relevancia que había ido adquiriendo el referente europeo⁵. Obviamente sería preciso, también aquí, matizar las afirmaciones roussonianas, pero sus apreciaciones no son arbitrarias sin más. El universalismo de la razón ilustrada tendía efectivamente a la homogeneización de Europa.

A pesar de toda la tendencia a la simplificación de que suele adolecer el movimiento ilustrado, el tema de Europa no dejaba de presentárseles de una forma ambivalente. Por un lado, se es consciente de la hegemonía de Europa en el mundo. Tanto desde un punto de vista material como espiritual, Europa se les presentaba como un ámbito privilegiado. En primer lugar Europa era para ellos el Continente más desarrollado desde el punto de vista material, en lo relativo al desarrollo del comercio, del confort de las ciudades, al cultivo de las llamadas artes mecánicas, a su capacidad ofensiva y defensiva... En todo ello Europa había alcanzado la preeminencia sobre los demás Continentes, a pesar de ser el más pequeño. Esa preeminencia todavía se les mostraba más evidente en el orden intelectual: las ciencias y las artes habían alcanzado, especialmente desde el Renacimiento, un grado de desarrollo que constituía un tema de especial orgullo para el hombre ilustrado, en una época que vive la consagración de los tiempos modernos.

Tal como señala P. Hazard, los ilustrados no podían menos de sentirse como prolongadores de aquella "curiosidad incansable" que había acompañado al nacimiento del mundo moderno: "...A partir del Renacimiento, una necesidad de invención, una pasión de descubrimiento, una exigencia crítica tan manifiesta, que se puede ver en ellas los rasgos dominantes de la con-

⁴ J.- J. Rousseau, *Proyecto de Constitución para Córcega. Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*, Madrid 1988, 64.

⁵ Cf. P. Hazard, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Madrid 1958, 550.

ciencia de Europa”⁶. Una conciencia europea con la que se sentían especialmente identificados los ilustrados. Asimismo éstos, convencidos y orgullosos de vivir en el “siglo de la filosofía”, no podían menos de mostrarse sensibles al hecho de que Europa era aquel Continente que se distinguía como el ámbito de la conciencia pensante del mundo. Desde su propia perspectiva, los ilustrados no dudarían en compartir aquellos planteamientos sobre los que con tanto ahínco ha insistido el Husserl de *La crisis de las ciencias europeas*: el genio de Europa consiste en la filosofía, la cultura europea es una cultura filosófica⁷.

Pero por otra parte los ilustrados, a pesar de sus ingenuidades y espejismos, eran bien conscientes de que Europa en su desarrollo político, religioso y social ofrecía a menudo un espectáculo bien poco edificante. Guerras continuas habían desgarrado a la Europa moderna. Los conflictos político-religiosos habían estado a la orden del día, el discurrir y la afirmación de la cultura moderna habían tropezado continuamente con obstáculos presentados por el orden establecido, la propia Ilustración, que era considerada como la consolidación de la cultura moderna, se topaba no sólo con la inercia sino a menudo con la hostilidad de ese orden establecido, de forma que la distancia entre la “buena nueva” ilustrada y la situación fáctica se revelaba demasiado evidente. Por otra parte esa Europa, centro del saber y del bienestar material, acababa revelándose también como expoliadora y destructora de otros pueblos... Todas estas evidencias no podían menos de generar una sensación de pesimismo acerca de esa Europa tan celebrada desde otro punto de vista. De ahí un determinado coeficiente de ambigüedad en la confrontación de los ilustrados con el tema de Europa. J. B. Duroselle en su estudio *La idea de Europa en la historia* distingue, al abordar la idea de Europa en la Ilustración, entre aquéllos que, decepcionados por el espectáculo que ofrece a menudo la situación real de Europa, se evaden buscando en la idealización de países lejanos, o bien en construcciones de carácter utópico, un contrapunto a la situación europea, y aquéllos por el contrario que remitiéndose a los aspectos en que Europa aparecía como superior al resto del mundo adoptaban una actitud despectiva hacia otros pueblos⁸. Tal observación no nos parece carente de fundamento, pero quisiéramos, no obstante, observar que a menudo es un mismo autor ilustrado quien comparte esta doble visión de la realidad europea, haciéndose eco tanto de sus aspectos positivos como negativos. De ahí esa relación ambivalente a que nos referíamos.

⁶ P. Hazard, *La crisis de la conciencia europea 1680/1715*, Madrid, 1975, 418.

⁷ E. Husserl, *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie*, Husserliana VI, Den Haag 1976, 338 ; 347-348.

⁸ J. B. Duroselle, *L'idée d'Europe dans l'histoire*, París 1965, 107-108.

También Diderot se encuentra en esta situación. Cabría señalar en primer lugar que si, de una forma especial, la Europa moderna se caracteriza por una constante curiosidad e inquietud, por su pasión por las nuevas experiencias y conocimientos, no cabe duda que Diderot constituye una de las mejores personificaciones de ese hombre moderno. Cabe por ello asentir a la afirmación de Peter Gay cuando señala que Diderot estaba dominado por la “inquietud” del hombre moderno⁹, es decir, del hombre europeo. Su condición de director y colaborador de la *Enciclopedia*, de “preceptor de príncipes”, de novelista, filósofo, pensador político, crítico de arte, etc. así lo confirma.

Es bien comprensible por tanto que el moderno Diderot se complazca en constatar el “feliz estado de civilización y de ilustración a que ha llegado Europa”¹⁰. Su desarrollo material y espiritual tiene como consecuencia que Europa sea aquella parte del mundo que mayor incidencia tiene sobre las demás. Es algo que resulta indiscutible a los ojos de Diderot. Por ello tampoco duda en afirmar que Europa constituye el único Continente sobre el que es preciso “detener la mirada”¹¹.

El director de la *Enciclopedia* no puede menos de sentirse orgulloso de los logros alcanzados por la Europa moderna en las ciencias, las artes y los oficios. Pero por otra parte va a ser también muy consciente de la miseria política, religiosa, educativa y social de esa Europa. Además Diderot es uno de los autores ilustrados que comparte más claramente una visión historiográfica de carácter organicista, de acuerdo con la que la historia quedaría excesivamente asimilada al proceso de un organismo biológico, de forma que los procesos históricos, lo mismo que los biológicos, estarían sometidos a la dinámica del nacimiento, el desarrollo y la decadencia. La vieja Europa habría llegado al momento de su decrepitud y de ahí se derivaría, en parte al menos, la dificultad de su regeneración. La corrupción aunada con la decrepitud explicarían la visión pesimista de Diderot acerca del destino de Europa. A ésta cabría aplicarle la reflexión diderotiana: “Sacar a un pueblo del estado de barbarie, sostenerlo en su esplendor, detenerlo en la pendiente de su caída, son tres operaciones difíciles, pero la última lo es más”¹².

Sin descender de momento a mayores precisiones, cabría señalar que la

⁹ P. Gay, *The Enlightenment. The Rise of modern Paganism*, I, New York and London, 1995, 47.

¹⁰ D. Diderot, *Pensées détachées. Contributions à l'Hispoire des deux Indes*, I, ed. de G. Goggi, Siena 1976, 98-99.

¹¹ D. Diderot, *Mélanges et morceaux divers. Contribution à l'Histoire des deux Indes*, II, ed. de G. Goggi, Siena 1977, 319.

¹² D. Diderot, *Pensées détachées*, 72.

actitud de Diderot ante el tema de Europa se muestra también ambivalente, mostrándose sensible tanto a las luces como a las sombras. El aspecto donde esa ambivalencia se muestra más cuestionable es el relativo a su concepción organicista de la historia que no deja de producir claras violencias dado que entran en colisión la apuesta por un futuro mejor a que inducen a esperar todos los avances y conquistas reseñados en la *Enciclopedia* y una concepción demasiado organicista de la historia, que afecta entre otras cosas a su visión de Europa y que, como veremos, tendrá una amplia repercusión en los distintos intentos llevados a cabo por Diderot para enjuiciar la situación europea. El viejo Diderot seguía pensando que Europa parecía haberse asentado de una forma “demasiado sólida y demasiado fija para dar lugar a revoluciones rápidas y sorprendentes”¹³. No obstante, a los cinco años de la muerte del filósofo iba a estallar la Revolución francesa que a través de muchas tensiones y conmociones iba a dar lugar a una nueva Europa. Parecían así imponerse las virtualidades transformadoras de todos aquellos motivos de la Modernidad, a los que tan receptivo se había mostrado Diderot, frente a su historiografía excesivamente organicista que le inducía a una visión pesimista del destino de la vieja Europa.

2. La Europa francesa

El siglo XVIII, el siglo ilustrado, no sólo es un siglo de clara vocación europea sino que además es un periodo de hegemonía cultural de Francia a lo largo y ancho de Europa, de forma que nos topamos inevitablemente con el fenómeno de la llamada Europa francesa. Por muchas matizaciones que fuere preciso hacer a este respecto, tal afirmación parece sustancialmente válida. Cuando en 1777 el embajador de Nápoles en Versalles, el marqués de Caraccioli, publica su opúsculo *París, el modelo de las naciones extranjeras, o la Europa francesa*, dando así origen a la expresión “Europa francesa”, hacía ya mucho tiempo que la realidad cultural europea hacía plausible dicha expresión. Cabe afirmar que así como Italia alcanza en el Renacimiento el clímax de su proyección europea, en la Ilustración es Francia quien detenta la hegemonía, empezando por el ascendiente del francés como nuevo idioma de cultura y de las relaciones internacionales, y siguiendo por el arte, el pensamiento y también la moda¹⁴. En todos estos ámbitos Francia desempeña un

¹³ D. Diderot, *Mélanges et morceaux divers*, 319.

¹⁴ Cf. L. Réau, *L'Europe française au siècle des Lumières*, París 1971.

papel hegemónico a través del Continente. De una forma especial París ejerce a modo de capital cultural de Europa, como centro privilegiado en la irradiación de las Luces y lugar de constante peregrinación de extranjeros a lo largo del siglo, incluyendo a ingleses y americanos.

Lo anterior no significa en modo alguno infravalorar las aportaciones de otras Ilustraciones, especialmente la inglesa y la alemana, que en algunos aspectos pueden ofrecer una mayor riqueza conceptual que la francesa. Pero a pesar de todo sigue siendo válida y fundamentada la expresión “Europa francesa”. He aquí alguna referencia, dentro de las muchas que se podría aportar, respecto a esa Europa francesa. En realidad, tal como se señala a menudo, ya en el siglo XVII se ponen determinados fundamentos de esa Europa francesa. El propio Voltaire en *El siglo de Luis XIV* observa cómo ya en el siglo XVII el francés se ha convertido en la “lengua de Europa”. A ello habría contribuido toda una serie de causas: la relevancia de los grandes autores de la época de Luís XIV, los refugiados calvinistas que difundieron por el extranjero la cultura francesa, la obra de P. Bayle que escribiendo desde Holanda alcanzó una gran proyección en Europa, sobre todo a través de su *Diccionario histórico y crítico*¹⁵. El propio Bayle escribía en 1685 en la *República de las letras* que el francés constituía el punto de comunicación de “todos los pueblos de Europa”.

Por supuesto no se trataba tan sólo del ascendiente del francés a través de Europa sino que habría que destacar otras manifestaciones culturales. Voltaire en el mencionado trabajo sobre el siglo de Luis XIV reconoce que la Francia del siglo XVII no puede competir, por lo que a la filosofía y a la ciencia se refiere, con la Inglaterra coetánea. Pero añade significativamente que en lo relativo a la “elocuencia, la poesía, la literatura, los libros de moral y entretenimiento, los franceses eran los legisladores de Europa”¹⁶.

Los protagonistas de la cultura francesa como “legisladores de Europa”, he aquí el meollo de lo que se entiende por Europa francesa en la Ilustración. Con el paso del tiempo este ámbito legislativo se iba a ir ampliando. La llegada de la Ilustración como tal va a suponer un ensanchamiento de todo ese campo. Sin duda por lo que atañe a ciertas ramas de la investigación científica – piénsese en la obra de Buffon por ejemplo. Pero sobre todo por lo que atañe al ascendiente del pensamiento filosófico y político, tal como era cultivado en la Ilustración. En este sentido va a desempeñar un papel relevante la relativamente temprana publicación de una obra como *El espíritu de las leyes*

¹⁵ Voltaire, *Oeuvres historiques*, París 1978, 1017.

¹⁶ *ibid.*, 1002.

(1748) de Montesquieu, una obra que sitúa a Francia en la vanguardia del pensamiento político, con una obra a la que va a referirse todo el pensamiento político europeo. Con razón podía escribir d'Alembert que esta obra era “admirada por toda Europa”¹⁷. Estamos sin duda ante un hito importante en la consolidación de la Europa francesa.

A partir de ese momento se multiplican las manifestaciones culturales que van a reafirmar esa proyección europea de la Ilustración francesa. Baste aquí con aludir a la publicación de la *Enciclopedia* que, como veremos, va a tener una clara proyección europea. El propio d'Alembert se va a referir en su *Discurso preliminar* a que el *Prospectus* de la *Enciclopedia* publicado por Diderot “ha sido recibido en Europa con los mayores elogios”¹⁸. Tal va a ser también, en líneas generales, la acogida que se va a dispensar al conjunto de la obra.

Entre otros aspectos cabría destacar también la irradiación paneuropea de la obra de Voltaire, llegando a convertirse Ferney, su residencia durante varios años, en un punto de referencia importante de la Europa ilustrada al que la *intelligentsia* ilustrada suele acudir con regularidad a rendir pleitesía al patriarca de las Luces, convirtiéndose a menudo Voltaire, tal como escribe P. Lepape, en el “centro de las miradas de Europa”¹⁹. Durante un tiempo nos vamos a encontrar por tanto con Ferney como segundo centro de irradiación de la Europa francesa, junto con París, en un tiempo en que Rivarol en su famoso *Discurso sobre la universalidad de la lengua francesa* proclama aquello de que parece haber llegado el tiempo de hablar del “mundo francés” como en otro tiempo se hablaba del “mundo romano”, desde un punto de vista cultural se sobreentiende.

No obstante, si los protagonistas de la Ilustración francesa podían estar orgullosos de ejercer a modo de legisladores de Europa, por otra parte tenían que realizar la amarga experiencia de vivir instalados en un Antiguo Régimen, obsoleto y corrupto, que se mostraba hostil al nuevo movimiento de ideas. Sin duda encontraron apoyos en alguna alta personalidad, pero sólo durante el corto periodo en que Turgot ejerció como ministro de Luís XVI se llegó propiamente a una cierta aproximación entre las Luces y el Poder. No obstante el experimento estaba condenado al fracaso. No se supo o no se quiso establecer por parte del Antiguo Régimen lo que Madame de Staël denomina un “pacto razonable” con el espíritu del siglo²⁰. De ahí que quepa

¹⁷ D'Alembert, *Discurso preliminar a la Enciclopedia*, Buenos Aires 1965, 131.

¹⁸ *ibid.*, 135.

¹⁹ P. Lepape, *Voltaire le conquérant. Naissance des intellectuels au siècle des Lumières*, París 1994, 339.

²⁰ Madame de Staël, *Considerations sur la Révolution française*, París 1983, 82.

hablar de la condición aporética de Francia en el Siglo de las Luces. Por una parte sus intelectuales oficiaban en muchos ámbitos como “legisladores” de Europa pero por otra su situación política concreta se mostraba no sólo refractaria sino hostil a las nuevas ideas.

De ahí que los ilustrados franceses se ven condenados a mantener una relación conflictiva con su propio país, una relación que se mueve entre el orgullo y el rechazo²¹. Condorcet, como albacea de las Luces, supo expresar con nitidez este conflicto entre la conciencia ilustrada y el sistema del Antiguo Régimen, considerando a Francia como un país que era a la vez “el más ilustrado y uno de los menos libres, aquél en el que los filósofos tenían el máximo de luces verdaderas, y el gobierno la ignorancia más insolente y más profunda”²². Tal fue en efecto, en grandes líneas, el conflicto recurrente que los ilustrados franceses vivieron con su propio país.

La obra y la actuación de Diderot se van a situar también en este horizonte. Por una parte no cabe dudar de su patriotismo, del amor a su país. Por mucho que viajéis, señala, no llegaréis a encontrar “un pueblo tan dulce, tan afable, tan pródigo, tan franco, tan cortés, tan espiritual, tan galante como el francés”²³. Se felicita de haber nacido en un siglo ilustrado y en una nación civilizada. Constata con satisfacción cómo el francés se difunde de día en día y se viene a convertir casi en la “lengua universal” de Europa²⁴. Por ello dirigiéndose a Luís XVI, en el marco de su colaboración en la *Historia de las dos Indias* del abate Raynal, no duda en expresarse de esta forma: “Tú reinas sobre el más bello imperio del universo. A pesar de la decadencia en que ha caído, no hay ningún lugar de la tierra en el que las artes y las ciencias se desarrollen con tanto esplendor”²⁵.

Es significativo que Diderot destaque tanto la decadencia de Francia, de la Francia del Antiguo Régimen, como el esplendor cultural francés en lo relativo a las ciencias y a las artes. A pesar de su idealismo e ingenuidad, Diderot va a ser uno de los protagonistas de la Francia de las Luces que va a tener mayor oportunidad de percibir la miseria del Antiguo Régimen: conoce la marginalidad social en sus primeros años en París, es encarcelado injustamente por ser considerado desafecto al orden establecido, tropieza con innu-

²¹ A. Lortholary, *Les “Philosophes” du XVIII siècle et la Russie. Le mirage russe en France au XVIII siècle*, París 1951, 274.

²² Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, Madrid, 1980, 202.

²³ D. Diderot, *Pensées détachées*, I, 244.

²⁴ *Encyclopédie*, V, art. “Encyclopédie”, 639.

²⁵ D. Diderot, *Mélanges et morceaux divers*, II, 5.

merables dificultades para llevar a buen término el proyecto enciclopédico, conoce de cerca en fin el carácter obsoleto y arbitrario de todo el universo que rodea al Antiguo Régimen...

Todo ello no podía menos de suscitar una actitud pesimista respecto a la situación de su país, despertando en él el anhelo de buscar algún referente lejano que sirviera de contrapunto crítico a dicha situación. Pero a la vez Diderot no podía menos de sentirse orgulloso del papel hegemónico de Francia en la Europa ilustrada. Es más, si los franceses se han convertido en una importante medida en los legisladores de esa Europa, la obra y la intervención de Diderot van a desempeñar un papel relevante en esa tarea legislativa. En efecto, toda su obra supone una reafirmación de esa Europa francesa.

Por lo demás la vida del Diderot adulto va a transcurrir casi exclusivamente en París, aquella plataforma privilegiada no sólo de Francia sino también de la Europa ilustrada. En esa plataforma, y especialmente en los Salones parisienses, Diderot va a tener la posibilidad de contactar con tantos personajes de la Europa ilustrada: ingleses, italianos, alemanes, rusos, también con algún representante de España y Portugal etc., a través de los que se va formando una idea más precisa de la situación europea. Especial relevancia tuvo en este sentido el Salón de Holbach²⁶. París ejercía una particular fascinación a través de todo el Continente y Diderot supo aprovecharse de esta circunstancia para dar unos perfiles más precisos a su europeísmo. La amplia información de que disponía a través de los libros se veía así eficazmente complementada por estos contactos vivos y apasionados con la *intelligentsia* europea llevados a cabo en los Salones parisienses. París por su situación privilegiada en el mapa de la Ilustración europea, ofrece así a Diderot la oportunidad única de seguir el pulso de Europa. Pero a su vez va a ser también París la plataforma fundamental, aunque no la única, desde la que Diderot va a ejercer como uno de los principales preceptores de la Europa ilustrada, que es en buena medida la llamada Europa francesa. Trataremos de dar una mayor concreción a este aserto general.

3. La *Enciclopedia* y la Europa ilustrada

Uno de los cauces principales a través de los que Diderot ejerció como preceptor de la Europa ilustrada, como configurador de la Europa francesa,

²⁶ Cf. F. Marchal, *La culture de Diderot*, París 1999, 16.

fue sin duda la dirección de la *Enciclopedia*, hasta llevarla a su conclusión, junto además con la confección de múltiples artículos para el gran Diccionario. Ciertamente, la *Enciclopedia* fue el resultado de una ingente colaboración intelectual, pero el alma de la misma, tal como se señala a menudo, fue sin duda Diderot. La obra de éste desborda ampliamente el ámbito de la *Enciclopedia*, pero bastaría su aportación a la misma para convertirle en una figura histórica.

De los múltiples problemas que plantea el Diccionario enciclopédico, sólo nos interesa aquí el de su proyección europea. Sin duda la publicación de la *Enciclopedia* constituyó un timbre de orgullo para Francia, desbordando desde un principio claramente las fronteras francesas y convirtiéndose en un acontecimiento cultural a nivel europeo (e incluso más que europeo). No podía ser de otra manera pues los años durante los que fueron apareciendo los sucesivos volúmenes de la *Enciclopedia* se sitúan en el clímax de la irradiación de la cultura francesa a través del Continente. El terreno estaba en este sentido debidamente preparado.

En efecto, la publicación de la *Enciclopedia* constituyó desde un principio un acontecimiento europeo. Ya hemos visto cómo d'Alembert señalaba que el propio *Prospectus* de la obra había sido objeto de grandes elogios a través de Europa. Otro tanto cabría afirmar a su vez del *Discurso preliminar*, una pieza tan importante en el engranaje del Diccionario enciclopédico. Así lo reconoce entre otros un personaje tan cualificado como Voltaire: "El *Discurso preliminar* de d'Alembert es aplaudido por toda Europa"²⁷. Por otra parte la dedicatoria de la obra al conde d'Argenson ya alude, junto al tribunal de la opinión pública y al de la posteridad, dos instancias tan relevantes para los enciclopedistas, también al de los extranjeros, es decir, fundamentalmente, a la opinión de las elites cultivadas de Europa, que siempre fue tomada en consideración por los directores de la *Enciclopedia*.

Es más, el propio Diderot, en el artículo "Enciclopedia", al abordar explícitamente el problema del alcance de la difusión del Diccionario enciclopédico se enfrenta polémicamente a las mentes estrechas y mezquinas, indiferentes a la suerte del género humano, incapaces de ver más allá de sus intereses. ¿Estará justificado comunicar a los demás países los conocimientos y habilidades, las invenciones técnicas de que dispone Francia? Cabría, señala Diderot, preguntarse desde esa perspectiva: "¿No sería deseable que en vez de ilustrar al extranjero pudiéramos arrojar sobre él las tinieblas y sumir en la barbarie al resto de la tierra, a fin de dominarla con mayor seguridad?"²⁸.

²⁷ Voltaire, *Mélanges*, París 1965, 1210.

²⁸ *Encyclopédie*, V, art. "Encyclopédie", 647.

Diderot rechaza esa estrechez de miras y propugna mirar más allá de los límites de Francia para tener como referencia el bienestar del género humano. Diderot hace gala aquí de un espíritu cosmopolita que caracteriza a los mejores espíritus de la Ilustración. Pero dada la situación histórica de aquel momento, Diderot habría de pensar ante todo en la opinión pública cultivada, o al menos susceptible de serlo, de Europa como destinataria del Diccionario enciclopédico. De hecho la *Enciclopedia* se iba a convertir prontamente en la “guía” de la Europa ilustrada, tal como señala J. C. Bonet. Una parte relevante de los ejemplares de la *Enciclopedia*, a partir de la primera edición, se vende fuera de Francia, fundamentalmente, claro está, a lo largo de Europa²⁹. El organismo competente podía presumir de haber vendido la *Enciclopedia* por todas partes, “de punta a punta de Europa”. La Europa francesa proporcionaba la infraestructura idónea para ello y a la vez era considerablemente potenciada por la *Enciclopedia*.

De esta forma el Diderot que desde la plataforma parisiense podía recibir cumplida información de los principales puntos de referencia de la Europa ilustrada, se encuentra con la relevante posibilidad de ejercer como preceptor de esa Europa a través de la *Enciclopedia*. En realidad toda la *Enciclopedia* está dominada por una clara voluntad pedagógica que tenía como meta el propiciar la formación de un nuevo individuo, de un nuevo ciudadano. Tal como señala abiertamente Diderot, un buen diccionario ha de tener como meta “cambiar la forma común de pensar”³⁰. Conducir el estado de la educación a un nivel más riguroso y crítico, en sintonía con los principios que orientaban la Ilustración. Las quejas de Diderot acerca del estado de la educación fueron constantes, y vuelve sobre ello varias veces en sus conversaciones con Catalina II. Frente a ese estado de cosas la *Enciclopedia* aspira a la formación de un nuevo tipo de hombre surgido de unos nuevos enfoques educativos. A tal meta tienden, de una forma explícita o tácita, todos los artículos de la *Enciclopedia*.

Asuma aquí una de las utopías más genuinas de la Ilustración, a la que Diderot fue particularmente sensible, de forma que también él, de forma análoga a lo que Hegel afirmaba de los griegos, aspiraba a la configuración de una bella totalidad, de una plenitud existencial. En un pasaje particularmente revelador del artículo “Enciclopedia” señala que la meta a que debe aspirar la *Enciclopedia* es a recopilar los conocimientos dispersos por la faz de la tierra, hacer ver su “sistema general” a los hombres que vivirán después de

²⁹ Cf. R. Darnton, *L'aventure de L'Encyclopédie. Un best-seller au siècle des Lumières*, París 1982.

³⁰ *Encyclopédie*, V, art. “Encyclopédie”, 643.

nosotros, a fin de que los trabajos y conocimientos de los siglos pasados puedan ser útiles para las generaciones futuras, aflorando así una vez más el problema de la posteridad que tanto obsesionaba al director de la *Enciclopedia*. Como buen ilustrado hay en Diderot un claro compromiso ético con el conocimiento, de raigambre socrático, una referencia tan relevante para los ilustrados. Como también lo es el intelectualismo ético con que concluye el párrafo a que nos estamos refiriendo y que constituye la afirmación, la expresión de la utopía más peculiar del movimiento ilustrado, tal como denunciara Nietzsche en su polémica antisocrática. He aquí el texto diderotiano: "que nuestros nietos, haciéndose más instruidos, se hagan al mismo tiempo más virtuosos y más felices, de forma que no muramos sin habernos hecho acreedores al género humano"³¹.

La *Enciclopedia* aspiraba así, según la confesión de su director, a contribuir a la formación de una humanidad mejor, más libre, más justa, más crítica, más comprometida éticamente, y en definitiva más racional. También en su condición de preceptor de la Europa ilustrada pretendía Diderot contribuir a conseguir ese elevado ideal. La *Enciclopedia* habría de contribuir a configurar una nueva educación para el hombre europeo.

La *Enciclopedia* aspiraba a cambiar la forma común de pensar en un público cada vez más amplio de la Europa ilustrada. Pretendía ofrecer así una alternativa más satisfactoria al orden existente. D'Alembert escribía en el *Discurso preliminar* que desde la renovación de las letras se debía en parte a los Diccionarios la difusión de las luces en la sociedad³². Sin duda el nuevo Diccionario enciclopédico superaba ampliamente todo lo existente anteriormente en este punto.

Cabría además aludir a una segunda perspectiva desde la que la *Enciclopedia* se presentaba de algún modo como una alternativa al orden existente no sólo francés sino también europeo. J. Proust señala con razón que en un cierto sentido es lícito hablar de un "partido enciclopédico", compuesto tanto por los numerosos colaboradores de la obra como por los suscriptores de la misma, y sin cuyo apoyo material y moral la *Enciclopedia* no hubiera podido salir adelante. En efecto, leyendo las "Advertencias" preliminares de diferentes volúmenes es fácil percibir la importancia que concedían los enciclopedistas a los puntos de vista del público lector. Pues bien, cabría afirmar, señala acertadamente J. Proust, que Diderot articulaba con sus lectores y colaboradores una especie de microsociedad, de verdadera república,

³¹ *ibid.*, 635.

³² D'Alembert, *Discurso preliminar*, 135.

que de una forma simbólica al menos, venía a suponer una especie de contrapunto al orden existente, pues constituía una microsociedad basada no en los privilegios y en los favoritismos arbitrarios, en prácticas corruptas y obsoletas, sino más bien en el trabajo y en la inteligencia, en la competencia de los que conformaban esa especie de república ideal³³.

La publicación de la *Enciclopedia* constituyó un motivo de orgullo para Francia y contribuyó a afianzar la llamada Europa francesa. No obstante, también aquí se percibe el conflicto a que hicimos ya alusión. Si por una parte la publicación de la obra confirmaba el papel hegemónico de Francia en la Europa de la Ilustración, por otra parte tenía que soportar el oprobio de que el gobierno y el orden establecido en general pusieran todas las trabas y obstáculos con vistas a impedir que la empresa llegara a buen término. En el *Avertissement* al volumen VIII Diderot hace referencia a estas dificultades y señala: "En el espacio de veinte años consecutivos apenas podemos indicar algunos momentos de tranquilidad"³⁴. Algunos años más tarde, en las *Memorias para Catalina II* volverá sobre este tema y resaltará ante la emperatriz que de todas las persecuciones que cupiera imaginar, no hay ninguna que no haya tenido que soportar³⁵. Es comprensible que una de las incitaciones a las que tuvo que resistir Diderot fuera la invitación a proseguir en otro lugar de Europa la publicación del gran Diccionario. De haber aceptado las invitaciones que se le hacían en ese sentido, el desencuentro con su país hubiera alcanzado dimensiones clamorosas. El Antiguo Régimen hubiera quedado todavía más desacreditado, si bien el esplendor cultural de Francia no por ello hubiera sufrido menoscabo. Diderot optó por proseguir en su país la publicación de la *Enciclopedia* pero sin dejar de sentir toda la pesadumbre que le producía dicho conflicto. De hecho no sólo Diderot sino todos los grandes protagonistas de la Ilustración francesa vivieron profundamente el problema del doble papel que jugó Francia en el tema de la publicación de la *Enciclopedia*. Todos ellos hubieran compartido la valoración final que sobre este punto iba a hacer Condorcet: "Afortunadamente el honor de haber dado

³³ J. Proust, "Diderot o la política experimental", en *Revista de estudios políticos* 41 (1984), 9-10. El autor opina que esta especie de república ideal no dejaba de tener una proyección europea: "Terminada la *Enciclopedia*... Diderot naturalmente no abandonó la lucha política. Pero dejó al propio diccionario seguir su destino, a capricho de las imitaciones y reediciones que muy pronto multiplicaron sus ejemplares por toda Europa y permitieron al partido enciclopédico convertirse de algún modo en el de toda la élite intelectual europea" (ibid., 10).

³⁴ *Encyclopédie*, VIII, 1.

³⁵ D. Diderot, *Mémoires pour Catherine II*, ed. P. Vernière, París 1966, 262.

a Europa la *Enciclopedia* compensó a Francia de la vergüenza de haberla perseguido”³⁶.

4. En pos de una Europa racional

La *Enciclopedia* constituye una apuesta a favor del surgimiento de una nueva humanidad, más racional, algo que habría de posibilitar en buena medida una mejor educación con su capacidad para cambiar la forma común de pensar, y también presentándose ella misma, con sus colaboradores y suscriptores, como una especie de microsociedad que a pesar de sus limitaciones podía presentarse, al menos simbólicamente, como alternativa al orden imperante. Cabría decir que la *Enciclopedia* aspiraba a contribuir a la configuración de una Europa (y de una humanidad) más racional. Tal es precisamente el sentido de un pequeño escrito de comienzos de los años sesenta del Siglo de las Luces, y cuyo autor parece ser Diderot. En él se abordan varias cuestiones acerca de las relaciones entre la Filosofía y el Poder, y en última instancia acerca de la necesidad de una nueva Europa, de una Europa racional³⁷.

El texto en cuestión apareció sin indicación de autor como una carta que sirve de presentación a la obra de N. A. Boulanger *Recherches sur l'origine du despotisme oriental*, un ensayo que entonces causó bastante impacto. El breve texto de la carta ha sido calificado acertadamente por Franco Venturi como “un manifiesto ilustrado de 1761”. Tiene en efecto el carácter de un texto programático en el que se expresan los ideales y las ilusiones de los ilustrados en un momento cualificado en el devenir de la Ilustración francesa. Después de haber pasado por graves dificultades en su confrontación con las fuerzas del Antiguo Régimen – estaba todavía reciente la gran crisis provocada por la publicación del ensayo *Del espíritu* de Helvetius – la Ilustración francesa recobra su confianza y optimismo, la seguridad en definitiva de su victoria en su combate con las fuerzas obsoletas de la historia. Escrito típicamente ilustrado aparece en él, lo mismo que en la *Enciclopedia*, la voluntad de cambiar la forma común de pensar, de propiciar el surgimiento de una nueva visión del mundo, una alternativa al viejo orden ideológico, en definitiva a la vieja Europa. En realidad la carta-prólogo a que nos esta-

³⁶ Condorcet, *Oeuvres complètes*, VI, 149. (Citamos según la primera edición, París 1804).

³⁷ El texto en cuestión ha sido publicado en castellano por la revista *Debats*, nº 9, septiembre/84, con el título “La Europa racional”, pp. 82-87.

mos refiriendo nos presenta de una forma compendiosa los ideales – y también las ilusiones y espejismos – de un momento clave de la Ilustración francesa. Cabría preguntarse en primer lugar quién es el autor de este manifiesto ilustrado. Se ha señalado a veces que el escrito contiene giros y expresiones que recuerdan el estilo expeditivo y dogmático de Holbach. Tal observación no nos parece desde luego arbitraria. No obstante la opinión más fundamentada parece poder atribuir dicho texto al director de la *Enciclopedia*, pues en efecto hay otros giros y otros párrafos en los que la afinidad con la obra diderotiana resulta bien visible. Por otra parte no cabe olvidar que Diderot fue un destacado frecuentador del Salón de Holbach y que muy probablemente se produjo una ósmosis entre las concepciones y el lenguaje de ambos ilustrados. Ocasiones para ello no debían faltar.

La carta-prólogo gira en buena medida en torno a la crítica del binomio política-religión. Pues bien Diderot declaraba en 1762 que el tema habitual de sus conversaciones en el Salón de Holbach giraba precisamente en torno a la política y a la religión³⁸. Del examen y ponderación de los distintos aspectos del escrito algunos intérpretes cualificados como Furio Díaz consideran “casi segura” la atribución del presente escrito a Diderot³⁹. En la propia Ilustración un autor tan avisado como Voltaire no dudaba en atribuir también a Diderot el texto a que nos estamos refiriendo. Por nuestra parte nos parece fundamentada dicha atribución. En todo caso los planteamientos que presenta la carta-prólogo se muestran convergentes con los del director de la *Enciclopedia*, y eso solo justificaría que nos detengamos aquí un momento en su análisis.

El joven Diderot ya había manifestado con toda nitidez la relevancia que para él revestía el binomio política-religión: “Imponedme el silencio sobre la religión y el gobierno, y no tendré nada más de que hablar”⁴⁰. Sin duda Diderot a lo largo de su vida se mostró receptivo a múltiples intereses, algo que constituye una de las características más fascinantes de su personalidad intelectual, pero la confrontación con el mencionado binomio constituye, no obstante, un referente que subyace a gran parte de sus planteamientos y reflexiones, algo por otra parte que no podía faltar, de una forma o de otra, en ningún autor ilustrado, debido precisamente a la especial tensión imperante en la Ilustración entre la religión y la filosofía y las respectivas fundamentaciones del poder político.

³⁸ Cf. P. Vernière, *Oeuvres politiques de Diderot*, “Introduction”, París 1963, XXIII.

³⁹ “La Europa racional”, 84.

⁴⁰ D. Diderot, *Oeuvres complètes*, II, ed. de H. Dieckmann y J. Varloot. (En adelante: O. C.).

Tal es también la temática que obsesiona al autor de la carta-prólogo. Considera que estamos ante una crisis profunda de los fundamentos de la visión tradicional del mundo. Parodiando a P. Hazard, cabría decir que también el autor de la carta-prólogo considera que la situación de su época se encuentra ante una profunda “crisis de la conciencia europea”. Refiriéndose a la situación crítica de su tiempo escribe enfáticamente: “todos los viejos fundamentos sobre los que descansaba han caído ya por el vicio de su construcción primitiva”⁴¹. Esta situación desemboca necesariamente a juicio del autor en un estado de caos y anarquía ideológicos. Esta anarquía y este caos tienen ante todo como punto de mira la religión establecida, la cual ejercía como principio último de legitimación del orden social y de los gobiernos.

Ninguna instancia legitimadora del orden social y político alcanzaba la radicalidad de la religión debido a que intentaba poner en relación las frágiles y precarias construcciones humanas con la instancia absoluta, con el ámbito de lo divino, buscando ahí una apoyatura firme⁴². Es comprensible que ya tanto los griegos como los romanos recurrieran a la eficacia de este proceso legitimador, y por supuesto lo va a hacer también el Cristianismo, el cual, sobre todo después de superar las inhibiciones iniciales, asumió asimismo la función de religión de la polis, por más que no se redujera a eso. Se trató entonces de explotar a fondo el principio *nulla potestas nisi a Deo*. Innumerables van a ser a lo largo de la historia los defensores del “triángulo sagrado” (J. Proust) que de ahí se va a derivar, y los protagonistas de la Ilustración francesa todavía tenían cercana la interpretación que había ofrecido Bossuet en su relevante *Política sacada de las Sagradas Escrituras*. El Sacerdote, el Soberano y la presunta voluntad divina articularían dicho triángulo.

El autor de la carta-prólogo considera que ha llegado el momento de sustituir ese viejo triángulo sagrado por una nueva alianza protagonizada ahora por la Filosofía y la Razón. En la nueva situación se postula que la Razón y la Ley basada en la Razón deben ser las “únicas Reinas de los mortales”⁴³. Son ellas las que habrían de llenar el vacío dejado por la crisis de la instancia religiosa: “cuando una Religión establecida comienza a palidecer y a apagarse ante las luces de un siglo despejado, es únicamente a esta Razón a la que se debe recurrir inmediatamente para mantener a la sociedad y para salvarla de las desventuras de la Anarquía”⁴⁴.

⁴¹ “La Europa racional”, 85.

⁴² P. Berger, *El dosel sagrado*, Buenos Aires 1971, 48.

⁴³ “La Europa racional”, 86.

⁴⁴ *ibid.*

El autor es consciente de que la quiebra de la tradición religiosa, la crisis de su valor legitimador del orden social y político, pueden conducir a una situación de anomia, de nihilismo axiológico. Una juventud “semiinstruida” puede llegar fácilmente a pensar que dado que la concepción tradicional de la ley, que le atribuye un fundamento sobrenatural, ya no le resulta plausible, entonces “la Ley no existe”. El autor de la carta-prólogo concede que en este nihilismo se encuentra el “monstruo que turba con cierto fundamento a nuestra Civilización”⁴⁵. Sólo que el orden establecido se equivocaría a la hora de ofrecer un diagnóstico de esta situación. La responsable no sería la Razón sino una “Religión insuficiente” que ofrecía explicaciones fantasiosas. En realidad todo este manifiesto ilustrado opera con una actitud decididamente descalificadora de la instancia religiosa, sin detenerse en matizaciones. Y como contrapunto se opera con un concepto de Razón bastante acrítico. Incluso un Diderot que en tantos aspectos supo mostrarse más cauto y matizado, llegando a escribir: “Se me debe exigir que busque la verdad, no que la encuentre”, a la hora de abordar el problema religioso cae en la actitud excluyente que tan frecuente era en el Siglo de las Luces, en el que a una tradición religiosa que en una importante medida había perdido el contacto con la cultura viva de la Modernidad se respondía a menudo con un racionalismo militante y simplificador. También en el manifiesto ilustrado que estamos analizando a una descalificación expeditiva de la instancia religiosa se responde presentando la alternativa de una Filosofía enfáticamente concebida, de características casi mesiánicas.

Muchas son en efecto las concepciones enfáticas de la Filosofía a lo largo del siglo de las Luces en el que la conciencia de la “debilidad de la razón”⁴⁶ coexiste con un racionalismo acrítico y excluyente. Pero quizá ninguna más enfática que la que expresa Diderot en su *Ensayo sobre los reinados de Claudio y Nerón*, una obra que viene a constituir su testamento filosófico-político. Escribe allí el director de la *Enciclopedia*: “El Magistrado administra la justicia ; el Filósofo enseña al Magistrado qué es lo justo y lo injusto. El Militar defiende la patria ; el Filósofo enseña al Militar lo que es la patria... El Soberano los gobierna a todos ; el Filósofo enseña al Soberano cuál es el origen y el límite de su autoridad. Todo hombre tiene deberes que cumplir en su familia y en la sociedad ; el Filósofo enseña a todos cuáles son estos deberes”⁴⁷. No se podía ir más lejos en la entronización del magisterio filosófico,

⁴⁵ *ibid.*

⁴⁶ G. Tonelli “The ‘Weakness of Reason’ in the age of Enlightenment”, en *Diderot studies* 14(1971), 217-244.

⁴⁷ D. Diderot, *Oeuvres complètes*, III, 248.

que quiere sustituir a la religión en cuanto nuevo dispensador de legitimidades.

También la juventud “semiinstruida” de que habla la carta-prólogo ha de salir de la desorientación provocada por la crisis reinante con la ayuda de la Filosofía. Es fundamentalmente esta instancia la que ha de operar el cambio de la forma común de pensar a que se refiere la *Enciclopedia*. Es con la ayuda del magisterio filosófico como la juventud ha de volver a encontrar el camino que le permita superar su desorientación actual. Más en concreto ha de ser la Filosofía la que establezca una nueva alianza con la Política que sustituya a la anterior:”¿A quién, sino a la Filosofía, confiar tal misión ? Ella no debe ni siquiera esperar a que se lo propongan ; ha hecho del pasado el objeto de sus estudios, debe hacer del futuro el objeto de sus previsiones, lanzar su mirada lo más lejos posible y formar un proyecto de filosofía política para regular los progresos de la misma Filosofía”⁴⁸. De acuerdo con el texto de Diderot anteriormente citado, veamos que formaba parte del magisterio filosófico enseñar al Soberano “cuál es el origen y el límite de su autoridad”. El Filósofo sustituye al Sacerdote en esta misión enfática de orientar la comprensión de la realidad política. El texto de la carta-prólogo que estamos analizando reivindica de nuevo esta contribución de la Filosofía como un aspecto fundamental de su magisterio. Desde su peculiar perspectiva cabría decir que también los ilustrados postulaban un renacimiento de Europa a partir del “espíritu de la filosofía”.

En realidad la filosofía de la Ilustración tiene entre sus líneas de fuerza fundamentales una marcada voluntad política, una voluntad manifiesta de aconsejar al Príncipe, se trataría en última instancia de la añoranza platónica del rey-filósofo. De nuevo cabría recurrir a Condorcet como a aquel autor que compendia las ilusiones del siglo. También él postulaba la “unión de la filosofía con la política”, llevando la filosofía a la política, o más bien “confundiéndolas”⁴⁹. Por supuesto también la *Enciclopedia* comparte esta vocación política. Así el artículo “Filósofo” aboga claramente por la convergencia entre la Filosofía y el Poder:”unid un soberano con un filósofo de esta índole y tendréis un soberano perfecto”⁵⁰. Los enciclopedistas eran bien conscientes de que el triunfo de la causa ilustrada necesitaba el apoyo del Poder.

Tal es también el horizonte en que se mueve la carta-prólogo al postular que la Filosofía se convierta en base legitimadora del Poder político. Es esta presencia de la Filosofía la que habría de posibilitar a la vez la emergencia de

⁴⁸ “La Europa racional”, 86.

⁴⁹ Condorcet, *Écrits sur l'instruction publique*, París 1989.

⁵⁰ *Encyclopédie*, XII, art. “Philosophie”, 510.

una nueva Europa, la Europa racional que habría de surgir de las ruinas de la visión tradicional: "Se ha hablado de la Europa Salvaje, de la Europa Pagana ; se ha hablado de la Europa Cristiana, y quizá se hablará todavía de cosas peores ; pero al final es necesario que se hable de la Europa Racional"⁵¹. De esta forma el destino de Europa va estrechamente unido al destino de la Filosofía, de una Europa a la altura de los ideales ilustrados. La nueva instancia legitimadora, la Filosofía, ha de tener como cometido el poner a Europa a la altura de los principios de la Ilustración, protagonizando la nueva educación de la juventud, conformando una nueva filosofía política que sustituya antiguas alianzas y legitimaciones, proporcionando una visión más crítica y sobria de la Historia, una ciencia que está todavía en la "infancia", se lamenta el autor de la carta-prólogo, y abriéndose por último esperanzadoramente a la contemplación de un futuro mejor, vale decir de una Europa mejor. La expectativa de una futura sociedad mejor tiene que servir de acicate para las luchas y combates que todavía oprimen el presente: es preciso "contemplar este porvenir con complacencia" y no "dudar de la futura felicidad de la Sociedad; es un consuelo digno del sabio perseguido; él siembra un grano que germinará lentamente ; no tiene más que la pena, las generaciones futuras tendrán su fruto ; pero, como es capaz de leer en el porvenir, puede de alguna manera disfrutar de él y olvidar este presente que con demasiada frecuencia no se puede mirar sin tristeza"⁵². Esta apertura al futuro que se desea y se prevé mejor para la humanidad constituye una especie de horizonte común a todo el movimiento ilustrado, incluido por supuesto el *Bosquejo* de Condorcet, pero es en todo caso un tema que vivió con particular apasionamiento un autor como Diderot.

Sin duda a comienzos de los años sesenta, cuando se escribe la carta-prólogo que estamos considerando, el movimiento ilustrado había logrado significativos avances, su horizonte aparecía más despejado, pero a pesar de todo la situación empírica de los distintos países que constituían a Europa estaba lejos de encarnar satisfactoriamente los principios e ideales que orientaban al movimiento ilustrado. Por ello es comprensible que el manifiesto que estamos analizando, después de sus declaraciones enfáticas, concluya también abriéndose a la perspectiva de un futuro mejor, frente a las luchas y las miserias de la situación empírica presente. Después de todo, la situación fáctica en que se encontraba Europa, a pesar de las diferencias que cabría señalar al referirse a los distintos Estados, no dejaba de ser claramente insatisfactoria.

⁵¹ "La Europa racional", 86.

⁵² *ibid.*, 87.

Diderot, desde la plataforma privilegiada que convertía a París en el punto de referencia fundamental de la Europa de las Luces se hace una idea, a través de testimonios directos, de la situación general de Europa, y no puede menos de encontrarla insatisfactoria⁵³.

Por supuesto encuentra insatisfactoria la situación de su país, según queda señalado. Si por un lado podía estar orgulloso de su patria como vanguardia de la Ilustración, por otro no podía menos de lamentar la situación obsoleta en que se encontraba el Antiguo Régimen, y las dificultades que se oponían al desarrollo de las Luces. En las conversaciones con Catalina II volverá ampliamente sobre el tema. Por lo que atañe a los países ibéricos, España y Portugal, que en tiempos no tan lejanos habían desempeñado un papel tan relevante en la historia de Europa, Diderot no dudaría en hacer suya la apreciación de Montesquieu: “Les Espagnols et les Portugais sont encore en tutelle dans Europe”. La imagen que se hace Diderot de estos dos países es bastante tópica y parcial, estando claro en todo caso que no desempeñan ningún papel protagonista en la Europa de las Luces. Por el contrario va a tener un conocimiento más preciso y va a sentir un mayor aprecio por Italia. Personajes como Galiani, Beccaria, Caraccioli desempeñaron un papel importante en la valoración diderotiana de Italia. No obstante, esta valoración más positiva de Italia se debía fundamentalmente a su gran aportación histórica en el dominio del arte. Cuando aborde con Catalina II el problema del viaje formativo por Europa del hijo de ésta, uno de los países que destacará Diderot será Italia, pero se apresura a matizar que dicho interés se ha de centrar en el tema de las bellas artes⁵⁴.

Mayor relieve iba a conceder a Inglaterra, y a la cultura inglesa en general, pues no en vano los ingleses habían sido en muchos aspectos los adelantados, los pioneros de la Europa ilustrada. Tanto en el ámbito científico y filosófico como en el del pensamiento y la praxis políticos Inglaterra se había situado en el siglo XVIII en la vanguardia de Europa. Los ilustrados franceses reconocieron de buen grado la deuda contraída con los ingleses e incluso cabe hablar de una corriente de “anglomanía” en la Francia de la Ilustración. Autores tan relevantes como Voltaire y Montesquieu se han distinguido en la preparación de este clima pro-inglés. Tanto las *Cartas filosóficas* del primero como *El espíritu de las leyes* del segundo constituyen documentos fehacientes a este respecto. Diderot por su parte también va a tener un conocimiento y una vinculación profundos con la cultura inglesa⁵⁵. Cabría referirse

⁵³ O. C. XVI.

⁵⁴ D. Diderot, *Mémoires pour Catherine II*, 71.

⁵⁵ Cf. C. Dédéyan, *Diderot et la pensée anglaise*, Firenze 1987.

a este respecto a autores como Bacon, Hobbes, Locke, Shaftesbury entre otros. No obstante, no llegó a compartir por el modelo político inglés el grado de admiración que llegaron a sentir Voltaire y Montesquieu.

El problema no afectaba solamente a Diderot. A medida que avanza el siglo el atractivo político que ejercía Inglaterra va declinando debido a que se percibe mejor que el desarrollo político inglés no respondía a las expectativas que había suscitado inicialmente. Se estimaba que el sistema parlamentario adolecía de numerosas corrupciones convirtiéndose a menudo la libertad inglesa en algo más ilusorio que real. A este respecto Rousseau no dudaba en afirmar en el *Contrato social*: "El pueblo inglés cree ser libre, pero se equivoca ; sólo lo es durante la elección de los miembros del parlamento ; una vez elegidos, se convierte en esclavo, no es nada"⁵⁶. Asimismo Holbach, que desempeñó un importante papel en la formación política de Diderot, compartía una visión desencantada del modelo político inglés. No obstante, Diderot, a pesar de su distanciamiento crítico, va a seguir reconociendo el papel desempeñado por Inglaterra en la política moderna.

Así en una de sus colaboraciones a la *Historia de las dos Indias* va a señalar que "Inglaterra es, en la historia moderna, la región de los grandes fenómenos políticos"⁵⁷. Por ello también al tratar con Catalina II acerca del viaje formativo por Europa destaca junto con Italia a Inglaterra como cita importante. En este caso ya no serían las abundantes manifestaciones artísticas las que le inducirían a tal recomendación sino más bien el hecho de considerar a Inglaterra como referente importante en lo que atañe a la "sabiduría" y a la "libertad". Por ello añade que para realizar con provecho ese viaje a Inglaterra es preciso tener nociones de "política"⁵⁸. Sin duda Diderot no podía ignorar la relevancia de Inglaterra en la configuración de la Europa moderna, con inclusión de su aspecto político. Pero a partir de los años 60 ya no considera al modelo inglés como el referente que respondería adecuadamente a su concepto de una Europa racional. Las expectativas iniciales no se habían cumplido.

A partir de esos años sesenta Inglaterra deja de ser considerada por muchos como el referente político obligado de la Europa ilustrada a la espera de que las luchas por la independencia por parte de las colonias inglesas en América del Norte vuelvan a poner a Inglaterra en el centro de atención, pero entonces las simpatías de los ilustrados se van a situar claramente del

⁵⁶ J.- J. Rousseau, *El contrato social*, Madrid 1988, 94.

⁵⁷ D. Diderot, *Pensées détachées*, I, 287.

⁵⁸ D. Diderot, *Mémoires pour Catherine II*, 71.

lado de las colonias. Antes de que esa situación emerja en el horizonte, Diderot paseará su mirada sobre la situación de Europa y fijará su atención en los países del centro y del norte de Europa, a la búsqueda de un posible referente político que fuera más satisfactorio que el modelo inglés. Diderot no va a estar solo en esta inflexión de su mirada. Ello va a ocurrir en el horizonte de la búsqueda de una respuesta política más satisfactoria en el ámbito del despotismo ilustrado. Con razón se ha podido afirmar que la filosofía política de las Luces oscila, en términos generales, entre quienes toman como punto de referencia el modelo parlamentario inglés y los partidarios del llamado despotismo ilustrado⁵⁹. Ya nos hemos referido a que uno de los sueños acariciados por los ilustrados era el viejo ideal platónico del rey-filósofo, de la convergencia entre la Filosofía y el Poder.

Francia no estaba desde luego en condiciones de responder a este desideratum y por ello resultaba necesario volverse al panorama que ofrecía Europa. De entre todos los candidatos posibles sólo dos llegaron a interesar de verdad a los ilustrados: Federico II y Catalina II. Buena parte de la *intelligentsia* francesa dirigió su mirada hacia ellos con la esperanza de encontrar en esos referentes políticos aquello que no encontraban en su país, aunque tales modelos no tardaran en acabar revelándose más despóticos que ilustrados.

En un siglo que pretendía ser el siglo de la filosofía, Federico II aspiraba a presentarse como el soñado rey-filósofo de la Europa ilustrada. Significados ilustrados franceses no dudaron en rendirle pleitesía en condición de tal: Voltaire, d'Alembert, Helvetius... Diderot por el contrario, a pesar de su admiración por la cultura germánica, no se deja llevar a engaño respecto a la verdadera índole del despotismo de Federico, más allá de las apariencias bajo las que quería presentarse a la opinión pública europea. Cuando Federico somete a un peculiar análisis crítico el *Ensayo sobre los prejuicios* de Holbach, a Diderot ya no le quedan dudas acerca de la verdadera índole del despotismo del rey de Prusia. En sus conversaciones con Catalina II Diderot describe sin tapujos a Federico como “un político ambicioso, sin fe, para el que nada hay de sagrado ; un príncipe que no repara en sacrificar todo, incluso la felicidad de sus súbditos, a su poder actual, el eterno botafuego de Europa”⁶⁰. De esta forma Diderot a diferencia de lo que pudieron pensar algunos de sus ilustres colegas no cree haber encontrado en la figura de Federico el referente político de la Europa racional. Por el contrario va a pen-

⁵⁹ Cf. P. Vernière, “Introduction” a las *Oeuvres politiques* de Diderot, XXII-XXIII.

⁶⁰ D. Diderot, *Mémoires pour Catherine II*, 37.

sar durante un tiempo que Catalina II respondía bastante más satisfactoriamente a ese referente que andaba buscando.

5. Catalina II y la Europa ilustrada

Diderot había desempeñado un importante papel como preceptor de la Europa ilustrada en su condición de director de la *Enciclopedia*. Una vez concluida ésta, su magisterio europeo sigue adelante. Por supuesto la *Enciclopedia* sigue reeditándose y divulgándose y en este sentido el influjo de Diderot sigue actuante. Pero es preciso recordar que el magisterio europeo de Diderot se va a ejercer también a través de nuevos cauces. Terminada la publicación del gran Diccionario enciclopédico en 1766, Diderot de algún modo se va a convertir durante varios años en “preceptor de príncipes”. Esto en un sentido amplio lo pretendió siempre. La difusión de las Luces ha de esforzarse por contar con el apoyo del Poder, al que hay que instruir adecuadamente. Pero ahora se inicia una nueva etapa en que esa vinculación con el Poder es más inmediata y directa.

Se trata de la colaboración durante varios años en la *Correspondencia literaria* dirigida por Grimm y Meister y que tenía como destinatarios a varios soberanos europeos en el ejercicio del poder. Junto con los gobernantes, la *Correspondencia* llegaba asimismo a sus consejeros y familiares. En este medio Diderot publicó los *Salones* y la mayoría de los *Cuentos*. La relevancia de esta nueva forma de magisterio va más allá del ámbito literario o de crítica de arte. Estos escritos tienen también una dimensión política, tal como señala J. Proust, aun cuando se trate de una dimensión política expresada de un modo indirecto. En este sentido, señala el mencionado autor, los *Salones* y los *Cuentos* “implican de forma indirecta, pero inevitable, la crítica de toda autoridad, de toda relación basada en una jerarquía de poderes”⁶¹, tal como cabría percibir por ejemplo en la trama de *Jacques el fatalista* que también fue publicado en la *Correspondencia*. El recurso a la literatura permitía libertades que no se podrían alcanzar de otra forma.

También en esta fase por tanto continúa la proyección europea del magisterio diderotiano. En este caso como preceptor de príncipes, al menos de forma indirecta. Pues bien esta condición de preceptor de príncipes va a alcanzar su culminación en su viaje a San Petersburgo para encontrarse con Catalina II, produciéndose a lo largo de varios meses una de las confronta-

⁶¹ J. Proust, “Diderot o la política experimental”, 11.

ciones más famosas y más significativas de un intelectual europeo con el Poder. Durante un tiempo Diderot va a abrigar la esperanza de haber encontrado un gran gobernante que pudiera ser tomado como referente de la Europa racional.

Por supuesto Diderot no es el único gran representante de la Ilustración francesa admirador de Catalina II. A. Lortholary pudo referirse con fundamento hace tiempo al fenómeno del “espejismo ruso” en la Francia del siglo XVIII. No sin razón explica el autor este hecho por la voluntad de los ilustrados franceses de buscar un contrapunto a los males de su patria recurriendo a países imaginarios o bien a países reales pero lejanos y exóticos. Tal sería el sentido del frecuente recurso a China, y en parte también lo va a ser el de Rusia⁶².

No se ha de olvidar, sin embargo, que Rusia se encontraba sumida en un proceso de europeización a partir del famoso viaje por Europa de Pedro el Grande. Catalina II, ella misma alemana, potenció considerablemente esa apertura a Europa. Cabe sin duda considerar a San Petersburgo como una especie de puerta abierta hacia la Europa ilustrada⁶³. Por supuesto la Europa francesa también aquí hacía sentir poderosamente su presencia aun cuando no alcanzara la intensidad con que lo hacía en la Corte de Federico II. En este sentido la emperatriz estuvo en relación con personajes como Voltaire, Montesquieu, d’Alembert, Diderot, entre otros. A través de ellos Catalina alcanzaba una importante proyección a través de la Europa ilustrada.

Es esta referencia a Europa el aspecto que aquí nos interesa en su relación privilegiada con el director de la *Enciclopedia*. Precisamente cuando la publicación de esta última tropezaba con dificultades en Francia, la emperatriz brinda hábilmente la posibilidad de proseguir en su Imperio la publicación de la misma. El gesto no dejó de causar gran impacto en la Europa de la Ilustración. A todos les parecía evidente el contraste entre el talante oscurantista y represivo de las autoridades francesas con la actitud abierta y generosa de la emperatriz. Voltaire expresaba un sentimiento generalizado cuando decía que era Francia quien perseguía a la Filosofía mientras eran los Escitas quienes la apoyaban⁶⁴. La emperatriz parecía brindarse generosamente a resarcir a Diderot de la injusticia que su patria le ocasionaba.

Cabría destacar una segunda circunstancia en su relación con Diderot que también encontró un amplio eco en la Europa ilustrada. Cuando el filósofo, para hacer frente a una circunstancia familiar, decide vender su biblioteca la

⁶² A. Lortholary, op. cit.

⁶³ F. Marchal, op. cit., 386.

⁶⁴ A. Lortholary, op. cit., 95.

emperatriz no duda en pagar un precio muy ventajoso para el filósofo y además le nombra director vitalicio de dicha biblioteca. D'Alembert expresa adecuadamente el sentir de la Europa ilustrada ante este hecho: "Toda la Europa literaria, Señora, aplaude la muestra de estima y de bondad que Vuestra Majestad Imperial ha dado al señor Diderot"⁶⁵. Hábilmente la emperatriz jugaba a la carta de presentarse como mecenas de la Europa ilustrada.

La imagen aperturista que se fue creando la emperatriz hizo que Diderot abrigara la ilusión de encontrar en Catalina el referente político adecuado para la Europa francesa que acariciaba en su espíritu. Después de muchas decepciones le quedaba esta última esperanza. Así, después de una prolongada etapa de admiración recíproca durante la que el filósofo corresponde a las distintas deferencias de la emperatriz con múltiples manifestaciones públicas de agradecimiento que consolidan la imagen de Catalina como mecenas de la Europa ilustrada, Diderot se decide a hacer su famoso viaje a San Petersburgo sin duda para agradecer a la emperatriz los favores recibidos, pero también para officiar como representante del movimiento ilustrado y culminar así no sólo su esfuerzo personal como preceptor de príncipes sino también toda la aspiración ilustrada de hacer converger la Filosofía y el Poder, y con la esperanza de poder ofrecer a la Europa racional un referente sólido al que fuera posible remitirse.

Ningún otro filósofo de la Ilustración iba a tener la oportunidad de departir durante tanto tiempo y con tanta confidencialidad con un gran protagonista del Poder como tuvo Diderot. En efecto Diderot va a permanecer en San Petersburgo entre octubre de 1773 y marzo de 1774, teniendo la oportunidad de examinar asiduamente con la emperatriz toda una amplia temática de la que dan fe las *Memorias para Catalina II*. Diderot ya tenía experiencia de lidiar con el Poder, sobre todo en el arduo intento de llevar a buen término la publicación de la *Enciclopedia*, pero la oportunidad de poder conversar directamente con la emperatriz a lo largo de varios meses, va a constituir una experiencia única. En este sentido cabría comenzar señalando que si las deferencias anteriores con Diderot habían causado impacto en la Europa ilustrada, también lo va a causar el hecho excepcional de que la emperatriz escuche y reciba durante tanto tiempo a un ilustrado como Diderot.

A pesar del lenguaje obsequioso y sumiso, que no rehuye a veces el diti-rambo, en sus conversaciones con la emperatriz Diderot supo officiar también como el representante de las Luces que era. Tal como señala P. Vernière, Diderot durante su experiencia rusa supo permanecer fiel a sus valores como

⁶⁵ *ibid.*, 98.

pensador ilustrado: pacifismo, tolerancia, humanidad, dimensión social de la felicidad...⁶⁶. Y por supuesto a su convicción del valor fundamental de la educación en el proceso de transformación de los individuos y de los pueblos. De ahí que una parte importante de las *Memorias* gire en torno al problema de la educación. Se ha podido afirmar con razón que las intervenciones de Diderot dan fe tanto de su ingenuidad como de su genialidad⁶⁷. Es de admirar sin duda todo el esfuerzo intelectual realizado por Diderot para enfrentarse a una realidad política que en buena medida le era extraña, la compleja realidad del Imperio ruso, y para tratar de ofrecer propuestas útiles y viables.

Cabría decir que dos son ante todo los motivos que estimulaban a Diderot a buscar en Catalina un referente cualificado para la Europa ilustrada. En primer lugar estaba, según queda ya apuntado, la imagen de la emperatriz como benefactora de Europa, tal como la llamaba Voltaire, una imagen que Catalina se había cuidadosamente construido y que sin duda afectaba a Diderot de una forma especial. Pero en el ánimo de Diderot pesaban también sus concepciones historiográficas que le inducían a mirar con escepticismo las posibilidades de regeneración de la vieja Europa, y que por el contrario le hacían mirar con más optimismo las posibilidades de desarrollo de un país nuevo como Rusia, donde todo prácticamente estaba por hacer, de forma que a este respecto el Imperio ruso podría ser definido como el espacio de lo posible⁶⁸. Si estas posibilidades se encauzaran adecuadamente, Rusia podría convertirse en un modelo para la vieja Europa. En este sentido ya al comienzo mismo de las *Memorias* Diderot no vacilaba en decirle a la emperatriz: "¿Cómo es feliz un pueblo en el que nada está hecho ! Las malas y sobre todo las viejas instituciones son un obstáculo casi insuperable para las buenas"⁶⁹. Es decir, el contraste diderotiano entre su visión pesimista de la vieja Europa y las expectativas que suscitaba en su espíritu un país nuevo como Rusia.

Cabría tomar a la propia *Enciclopedia* como ejemplo de las expectativas que durante un tiempo llegó a abrigar Diderot acerca del nuevo papel a desempeñar por Catalina en la Europa ilustrada. Ya nos hemos referido a la importante incidencia que la obra tuvo en la Europa de las Luces, a que era a la vez motivo de orgullo para Francia por haberla llevado a cabo y de oprobio por haberla perseguido. También nos hemos referido al hecho de que Catalina había brindado su país para proseguir su publicación, ante las difi-

⁶⁶ P. Vernière, "Introduction" a las *Mémoires pour Catherine II*, XIV.

⁶⁷ P. Vernière, *Lumières ou clair-obscur ?*, París 1987, 328.

⁶⁸ B. Papin, *Sens et fonction de l'utopie tahitienne dans l'oeuvre de Diderot*, Oxford 1988, 21 ss.

⁶⁹ D. Diderot, *Mémoires pour Catherine II*, 4.

cultades encontradas en Francia. Pero aun cuando Diderot no aceptó la invitación y la obra pudo llegar a buen término, había un hecho que había irritado profundamente a Diderot, a saber, que el editor Le Breton había mutilado por su cuenta, a espaldas de Diderot, una serie de volúmenes del gran Diccionario, no saliendo a la luz pública por tanto tal como el filósofo los había concebido. Ello le va a dar pie, en el marco de sus conversaciones con la emperatriz, a proponerle una nueva edición, íntegra, del Diccionario enciclopédico para oprobio de Francia que no permitió hacerlo mejor, para honor de Rusia que habría sabido hacer justicia a la grandeza del proyecto, y para utilidad de toda la Europa ilustrada. Dirigiéndose a Catalina, señala Diderot refiriéndose a ese proyecto: "Con toda seguridad la obra le sería dedicada, y este monumento, glorioso para ella, vergonzoso para Francia, sería igualmente útil para su nación y para todas las de Europa"⁷⁰. Se sigue pensando en la *Enciclopedia* desde una perspectiva europea, pero en este caso sería la Rusia de Catalina la que lo haría posible. Durante un tiempo Catalina va a ser para Diderot algo así como la portadora de las esperanzas de Europa. La misma *Enciclopedia* ofrecía de este modo una muestra de las expectativas diderotianas.

No obstante, también aquí parece estar presente esa ambivalencia de Europa a que nos hemos referido. También en el caso de que la *Enciclopedia* se editara en Rusia, en su integridad, sin mutilaciones, a Francia le seguiría compitiendo el honor de haber producido esa obra por más que Rusia fuera el país que posibilitara esa edición íntegra. Por ello, de una forma general, cuando se aborda el problema del viaje formativo por Europa del hijo de la emperatriz, no se dejan de mencionar los distintos aprendizajes que cabría realizar a lo largo del Continente: en Inglaterra la temática política, en Holanda lo relativo al comercio, en Italia lo concerniente a las bellas artes, en Francia lo referente a las artes, las ciencias, la literatura...⁷¹.

Rusia muestra a los ojos de Diderot unas posibilidades evolutivas de las que carecería una vieja Europa demasiado anquilosada. Pero esa vieja Europa, representada aquí casi exclusivamente por Francia, tendría bastantes cosas que enseñar a una nueva Rusia que pudiera presentarse a su vez como modelo de Europa. Francia aparece como un viejo país que tiene una mala administración, un mal sistema educativo, que sobre todo en París presenta unos modales decadentes provocados por el culto al lujo y a las apariencias... algo que Rusia no habría de imitar. Pero no por ello la cultura francesa deja de ser legisladora de Europa. De ahí el homenaje de que también en este con-

⁷⁰ *ibid.*, 264.

⁷¹ *ibid.*, 71.

texto es objeto, casi inadvertidamente, por parte de Diderot. Queriendo rendir tributo a la nueva Rusia señala significativamente a modo de elogio del rumbo emprendido por el Imperio ruso: "Ninguna nación en Europa se "afrancesa" (francise) más rápidamente que la rusa, tanto por lo que concierne a la lengua como a las formas de vida"⁷². La llamada Europa francesa sigue reivindicando sus fueros a la hora de configurar un Imperio nuevo como el ruso.

A pesar de su candor y de su insuficiente conocimiento de la realidad rusa, no cabe duda que muchas de las consideraciones que Diderot hizo ante la emperatriz parecían pertinentes y acertadas para la configuración de la nueva Rusia. ¿Encontró en Catalina la alternativa europea que andaba buscando? No fue así. Poco a poco se fue produciendo un desencuentro y desencanto recíprocos. No es que este moderno viaje a Siracusa terminara como el antiguo, pero la experiencia no dejó de ser amarga para Diderot pues suponía el final de un nuevo espejismo. Por mucha paciencia y deferencia que su interlocutora haya mostrado en escucharle acababa apareciendo en definitiva la incapacidad del despotismo ilustrado para asumir de una forma profunda y fehaciente los grandes principios de la Ilustración. En todo caso a través de Diderot el movimiento ilustrado se va a hacer más consciente de los límites del despotismo ilustrado para dar una respuesta satisfactoria a los ideales de una Europa ilustrada. A su retorno de Rusia escribe el filósofo acerca del proyecto de reforma legislativa ideado por la emperatriz: "Veo que allí se renuncia al nombre de déspota, pero la cosa se conserva, al despotismo se le llama monarquía"⁷³. Era la constatación desencantada de la permanencia del despotismo incluso en aquellos gobernantes que más habían cuidado su imagen internacional, tomando como referente los principios de la Europa ilustrada. Sin duda Catalina va a seguir siendo un referente importante para Diderot pero era innegable que éste seguía sin encontrar en la política europea un referente satisfactorio para su idea de una Europa racional.

6. Europa y la experiencia colonialista

También en cuanto preceptor de la Europa ilustrada Diderot daba pruebas de estar poseído por la "inquietud" peculiar del hombre moderno de la que él

⁷² *ibid.*, 44. Cf. Anne-Marie Chouillet (ed.), *Colloque international Diderot (1713-1784)*, París 1985, 200.

⁷³ D. Diderot, *Escritos políticos*, Madrid 1989, 300.

constituía una buena personificación. Pero a pesar de su búsqueda apasionada no encuentra un referente adecuado en la escena política europea para su idea de una nueva Europa. Incluso en el llamado despotismo ilustrado el elemento predominante era la presencia del despotismo. Es más, Diderot va a caer en la cuenta de que ese despotismo distaba de ser un fenómeno interno. Europa que es aquel Continente que ha influido más sobre los demás, ha proyectado sobre los pueblos colonizados lo que cabría denominar el despotismo hacia fuera, y ello con el agravante de que no sólo los países despóticos en el interior de Europa son los que en el exterior habrían practicado la explotación colonial. Era preciso reconocer que también aquellos países más abiertos a la práctica de la libertad política, como Inglaterra y Holanda, se olvidaron de practicarla en el exterior, protagonizando también ellos la explotación colonial⁷⁴. Éste sería uno de los motivos por los que vista desde esta perspectiva la valoración de Europa tendría que ser más crítica. La historia del colonialismo es para Diderot sin duda un baldón, un oprobio para la historia de Europa⁷⁵, aunque tampoco en este tema se olvidará sin más de la grandeza de Europa.

En todo caso el último Diderot se inserta en la historia del anticolonialismo, y desde esta perspectiva vuelve a meditar sobre Europa, tratando de contemplar la historia europea desde una “exterioridad crítica”, procurando hacer una valoración de la actuación de Europa desde la óptica de los pueblos sometidos⁷⁶, por más que se tratara en definitiva de una valoración crítica ofrecida por un filósofo europeo que aspira a defender los derechos de la humanidad como tal.

Esta reflexión del último Diderot está contenida tanto en el *Suplemento al viaje de Bougainville* como en sus aportaciones a la *Historia de las dos Indias* del abate Raynal, sobre todo a la última edición. Se ve ahora a un Diderot liberado de las cautelas y prudencias que tuvo que observar en sus relaciones con el Poder, bien fuera en la *Enciclopedia*, en la *Correspondencia literaria* o en sus conversaciones con Catalina II. Su lenguaje va a ser ahora más claro e inequívoco. En este sentido resulta sintomático que Grimm no se atreviera a hablar en la *Correspondencia literaria* del escrito diderotiano *Suplemento al viaje de Bougainville*, en cuanto aparecía clara en él la condena de la política colonial europea⁷⁷.

Vamos a detenernos un momento en la visión que Diderot ofrece de

⁷⁴ Anne-Marie Chouillet (ed.), op. cit., 119.

⁷⁵ Cf. Y. Benot, *Diderot. De l'athéisme à l'anticolonialisme*, París 1981.

⁷⁶ P. Ory (ed.), *Nouvelle Histoire des Idées politiques*, París 1987, 62.

⁷⁷ B. Papin, op. cit., 74.

Europa desde esta nueva perspectiva. Cabría comenzar en primer lugar por el *Suplemento al viaje de Bougainville*, una de las obras más relevantes para conocer la complejidad del pensamiento diderotiano, un pensamiento que se esfuerza por aunar a la vez, tal como señala J. Ehrard, la ideología del progreso, en una especie de mirada prospectiva, y una especie de añoranza nostálgica de la naturaleza maternal⁷⁸. En el punto de partida de este escrito de Diderot está el relato que el capitán Louis-Antoine de Bougainville escribió acerca del viaje de investigación alrededor del mundo realizado entre 1766 y 1769⁷⁹. Lo que más había impresionado a los lectores franceses, Diderot entre ellos, fue la parte del relato que hacía referencia a Tahití. Ello era debido a que el descubrimiento de nuevas islas en los llamados “mares del Sur” avivaba en el hombre europeo la voluntad de encontrar un reducto de población donde todavía fuera posible auscultar la voz no adulterada de la naturaleza.

El tema del buen salvaje como “exterioridad crítica” para evaluar la situación europea, encontraba aquí un último soporte, después de toda una serie de intentos realizados en este sentido. Incluso la circunstancia de que Bougainville hubiera llevado consigo a París a un joven tahitiano llamado Aotourou, que suscitaría la curiosidad general, reforzaba el atractivo de Tahití. No es sorprendente que un autor como La Dixmerie quisiera servirse de esta circunstancia y escribiera su ensayo *El salvaje de Tahití a los franceses*, en el que Aotourou venía a ejercer el papel de algo así como de censor de las costumbres francesas.

Todo ello daba pie a Diderot para servirse también él de este tema y recrearlo en función de sus inquietudes teóricas. De ahí el término “suplemento” que figura en el título del escrito, y que hacía referencia al deseo diderotiano de recrear el relato de Bougainville sobre Tahití. Aquí nos interesan tan sólo sus referencias a Europa, sobre todo desde la perspectiva de la experiencia del colonialismo.

Si en el caso de Rusia la circunstancia de tratarse de un país nuevo, sin las trabas que un viejo país ofrece a su racionalización, no dejaba de fascinar a Diderot, en el caso de Tahití esa novedad, esa proximidad al estado de naturaleza era todavía mucho más señalada y de ahí su aptitud en la recreación diderotiana para servir de referente crítico de la vieja Europa, de su “malestar en la cultura”. Por ello tampoco Diderot rehuye referirse a Aotourou como instrumento de la crítica cultural de la vieja Europa. En este sentido el per-

⁷⁸ J. Ehrard, *L'idée de nature en France a l'aube des Lumières*, París 1970, 389.

⁷⁹ L. A. Bougainville, *Voyage autour du monde*, París 1982.

sonaje B, que refleja los puntos de vista de Diderot, señala que a su regreso a Tahití los isleños no darían crédito a lo que Aotourou les contaría de Europa. Preferirían tomar a Aotourou por un mentiroso antes de considerar a los europeos tan locos⁸⁰. El motivo último de que ello sea así lo explica el mismo personaje: "¡La vida salvaje es tan simple y nuestras sociedades son máquinas tan complicadas ! El tahitiano está cercano al origen del mundo y el europeo por el contrario lo está a la vejez"⁸¹. Reaparece así la visión historiográfica organicista que defiende Diderot. La confrontación con el tema de Tahití le ofrecía una buena oportunidad para que emergiera con toda nitidez este aspecto de su pensamiento, por más que no quepa fijarse unilateralmente en dicho aspecto sin tener en cuenta toda la complejidad de su obra⁸².

Uno de los aspectos de carácter general que Diderot quiere destacar en la crítica cultural de la vieja Europa desde la perspectiva del hombre de Tahití es la cuestión de la "mediocridad" de la especie, tomando este término en su acepción tradicional, designando aquello que se encuentra entre dos extremos. El pueblo de Tahití habría sabido conservarse sabiamente en un justo medio en su confrontación con la naturaleza, mientras que la vieja Europa habría caído víctima de una dinámica de deseos sin control, del "océano sin límites de las fantasías"⁸³. Es un tema que aparece repetidas veces en la reflexión de Diderot. Ciertamente su crítica de la civilización europea no es la de Rousseau, pero no por ello deja de pensar en la posibilidad de otro tipo de progreso que el que han protagonizado las naciones europeas. De ahí las referencias críticas que hace sobre el lujo en las *Memorias para Catalina II*, apareciendo la sociedad parisiense como el contrapunto de la de Tahití. Esta última, más próxima a la voz de la naturaleza, podría enseñar a la sociedad europea la vía de un mayor equilibrio espiritual. He aquí una primera valoración diderotiana.

Dentro de este marco general destaca la crítica de un problema candente, la crítica del colonialismo europeo. El capítulo II del *Suplemento* está dedicado al discurso de despedida de un anciano tahitiano cuando Bougainville y sus acompañantes europeos están a punto de abandonar la isla. Bougainville en su relato se refería a un venerable anciano que había renunciado a entrar en contacto con los europeos como si previera con inquietud que los recién llegados supondrían un peligro para la forma de vida apacible y feliz de los

⁸⁰ O. C. XII, 587.

⁸¹ *ibid.*

⁸² Véanse, por ejemplo, las consideraciones de M. Duchet, en "Le primitivisme de Diderot", en *Europe*, n. 405-406 (1963), 127.

⁸³ O. C. XII, 628.

⁸⁴ L. A. de Bougainville, *op. cit.*, 229-230.

tahitianos que iba a ser perturbada por los europeos⁸⁴. Diderot aprovecha esta base documental para recrear este personaje y convertirlo en portavoz de la denuncia del colonialismo europeo.

Cuando ve cómo sus paisanos corren a despedir a los visitantes y lloran por su partida, el venerable anciano, en la recreación diderotiana, no puede menos de exclamar: "¡Llorad, desdichados tahitianos!, llorad ; pero que ello sea a causa de la llegada, y no de la partida de estos hombres ambiciosos y malvados . Un día los conoceréis mejor"⁸⁵. A continuación da rienda suelta a sus previsiones sombrías de que esos mismos europeos volverán a la isla, con sus armas espirituales y materiales, a someter sin contemplaciones a los tahitianos, contagiándoles sus extravagancias y sus vicios, y haciendo que los tahitianos pierdan su felicidad y su inocencia, haciéndose tan infelices como los europeos. Finalmente, dirigiéndose directamente a Bougainville, hace una condena vibrante de la arbitrariedad y de la injusticia del colonialismo en el sometimiento y dominio de otros pueblos, en concreto de Tahití, y defiende el equilibrio y la sabiduría de la forma de vida de los tahitianos frente a la agresión de los europeos.

Sin duda era el propio Diderot quien estaba hablando a través del anciano tahitiano. Con razón se ha podido observar que dicho anciano hablaba como un filósofo europeo⁸⁶. En el propio texto de Diderot se reconoce esta circunstancia. El personaje A comenta así el discurso del anciano ante Bougainville: "Este discurso me parece vehemente ; pero a través de no sé que de abrupto y salvaje, me parece sintonizar con ideas y giros europeos". En realidad así era. El europeo Diderot trataba de dar voz a un pueblo que, también él, había entrado en la órbita de la colonización europea, con toda su secuela de servidumbres. De nuevo eran dos visiones de Europa las que aquí se enfrentaban.

Tal va a ser también la temática de las colaboraciones de Diderot en la *Historia de las dos Indias*, sobre todo en su tercera edición. Si bien la condena diderotiana del colonialismo europeo se hace más radical. Diderot va ahora a dar rienda suelta a sus críticas relativas al carácter depredador de la colonización europea en los pueblos de América. Los europeos subyugados por la sed del oro que todo lo domina se habrían comportado a modo de tigres que regresan a la selva. El destino y el talante del hombre europeo cuando traspasa el ecuador viene a ser "un tigre doméstico que regresa a la selva. La sed de sangre se apodera de él. Así se han mostrado los europeos, todos indis-

⁸⁵ O. C. XII, 589-590.

⁸⁶ Véase, por ejemplo, J. Oudeis, "L'idée de nature dans le *Supplément au voyage de Bougainville*", en *Revue de l'enseignement philosophique*, dic. 1972-ener. 1973, 6.

tintamente, en las regiones del Nuevo Mundo, a las que han llevado un furor común, la sed del oro”⁸⁷. Incluso aquellos europeos que detestan el hobbesianismo en sus países, no tienen reparo en practicado lejos de ellos.

Ahora la proclama del anciano tahitiano se vuelve más radical. No sólo aconseja a los hotentotes a que huyan y a que se internen en sus bosques, pues las bestias que allí habitan serían menos feroces que los conquistadores, sino que además los incita a rebelarse contra los “crueles europeos”. En realidad las colaboraciones de Diderot en la obra de Raynal constituyen todo un apasionado alegato contra la presencia depredadora de los europeos en América. Diderot también estaría de acuerdo con la idea de que a nivel internacional los europeos no habrían superado el estado de naturaleza. Otro tipo de colonización hubiera sido, no obstante, posible, un encuentro más fecundo entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Lamentablemente ese encuentro no estuvo protagonizado por europeos como Locke, Montesquieu o Buffon sino por conquistadores ávidos de riquezas y de destrucción. Quedaba al menos el consuelo de que la filosofía europea ha contribuido a desenmascarar a los conquistadores tanto antiguos como modernos⁸⁸. Tal es para el último Diderot uno de los principales cometidos de la filosofía de la Ilustración. Con ello Europa mostraría al menos uno de sus rasgos más positivos, a saber, su capacidad de autocrítica.

7. La Revolución americana y Europa

El siglo había comenzado tomando como modelo para la Europa ilustrada el sistema parlamentario inglés. Cuando ese siglo se acerca ya a su final el mundo anglosajón vuelve a desempeñar un papel central para esa Europa ilustrada, en especial para Francia. El referente ya no va a ser la vieja Inglaterra sino sus colonias de América del Norte sumidas en un proceso de independencia y de emancipación respecto a la metrópoli. Entre los años 1770 y 1780, especialmente, todo el proceso de emancipación de las colonias inglesas de América del Norte se va a convertir en un foco fundamental de atención para la vanguardia del pensamiento europeo. América en este caso ya no se sigue presentando como un sueño exótico, como un referente para el socorrido tema del buen salvaje sino que la gesta de estas colonias acabará convirtiéndose en modelo de libertad política para la Europa ilustrada, como

⁸⁷ D. Diderot, *Pensées détachées*, I, 232-233.

⁸⁸ *ibid.*, 314.

un modelo más satisfactorio que el que andaban buscando, inspirándose bien en el modelo inglés bien en los representantes del llamado despotismo ilustrado.

América se iba a revelar así como la última esperanza de las Luces. Tal como hemos visto a través de nuestra aproximación a Diderot, los ilustrados, especialmente los franceses, vivieron con pesadumbre la escisión existente entre su concepto de una Europa racional y la Europa realmente existente. Por el contrario, América parecía presentarse ahora como el proyecto de la Ilustración llevado a la práctica⁸⁹. Así vemos que un Turgot, que no había podido llevar a buen término la reconciliación entre los principios del movimiento ilustrado y las estructuras del Antiguo Régimen, no duda por el contrario en referirse al pueblo americano como a la “esperanza” del género humano, con el deseo de que se convierta en definitiva en su modelo. Tales eran en efecto las expectativas a estas alturas de la Ilustración. Diderot, Raynal, Voltaire, Condorcet, entre otros, se van a situar en esta línea. Esta fascinación va a llegar hasta el periodo revolucionario como atestigua, por ejemplo, el propio Condorcet para quien la libertad de la República francesa y la de América septentrional habría de ser considerada como el referente para el cambio del mundo⁹⁰, formándose algo así como el eje Filadelfia-París.

Los viajes a Francia de personajes como B. Franklin, Th. Paine o Th. Jefferson son indicativos de la vinculación especial que se establece en este periodo entre Francia y América del Norte. Para nuestro propósito aquí sea suficiente con destacar la relevancia de la estancia de B. Franklin en París entre 1776 y 1785. Durante este tiempo el famoso autor venido desde la otra orilla del Atlántico se convirtió en un personaje fascinante para los círculos intelectuales parisienses, consiguiendo despertar una gran atención e interés por la causa americana. Un aspecto significativo de este influjo fue la recopilación de constituciones de Estados americanos *Collections of the Constitutions of the English Colonies* presentada originalmente a Luis XVI por Franklin, y que va a ser traducida al francés y publicada en 1778, alcanzando una amplia difusión y acogida en aquel periodo prerrevolucionario⁹¹.

En realidad estamos asistiendo a un movimiento de ida y vuelta. La Europa ilustrada había ofrecido a los protagonistas de la independencia ame-

⁸⁹ P. Gay, *The Enlightenment. The Science of freedom*, II, New York and London 1996, 558.

⁹⁰ Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico*, 229.

⁹¹ C. Rowe, “The Present-Day Relevance of Condorcet”, en *Condorcet studies* I(1984), 19-20.

ricana lo mejor que tenía, su pensamiento crítico. Ahora por el contrario parecía llegado el momento en que América se va a convertir ya en exportadora de nuevos planteamientos hacia la vieja Europa, devolviendo, como escribe gráficamente Peter Gay, con “intereses” la deuda contraída con los europeos⁹², mostrándoles sobre todo el espectáculo de un gran pueblo donde, a pesar de las limitaciones que cabía señalar, parecían haberse reconciliado los principios de la Ilustración y la realidad empírica, al menos en una medida desconocida en Europa.

El último Diderot coincide con todo este proceso en el que el referente americano sirve como revulsivo para la vieja Europa. También para él la experiencia de las colonias inglesas en América del Norte va a suponer un referente más satisfactorio para su idea de una Europa racional que el que había encontrado a lo largo del Continente europeo. Por otra parte se trataba de un referente mucho más reconciliado con la realidad empírica que el ofrecido en el *Suplemento* acerca de Tahití, donde Diderot operaba con una reconstrucción del relato original, que presentaba unos rasgos claramente idealizados.

En realidad Diderot se mostró sensible tempranamente hacia el problema de América como muestra su recensión del ensayo de John Dickinson *Cartas de un granjero de Pensilvania a los habitantes de América septentrional* cuya versión francesa es de 1769 el año en que también Diderot publica su recensión. Es importante advertir que ya por estas fechas Diderot afirma, en contra de la opinión de otros autores, incluido Raynal, que el futuro que aguarda las relaciones de las colonias de América del Norte con la metrópoli es el de la ruptura: “Inglaterra mantiene un gran contencioso con sus colonias. ¿Sabéis, amigo mío, cómo quiere la naturaleza que concluya ? Mediante la ruptura”⁹³. Diderot supo prever certeramente el futuro. Supo a la vez ver en la obra de Dickinson el preanuncio del mensaje que la nueva América iba a impartir a la humanidad: “no conozco ninguna obra que sea más idónea para instruir a los pueblos acerca de sus derechos inalienables y para inspirarles un amor violento a la libertad”⁹⁴.

A partir de este momento el tema de América va a ir ocupando un lugar cada vez más central en el pensamiento europeo y este hecho no le pasaba desapercibido a Diderot, sobre todo desde que se había producido su decepción respecto a Catalina II. Como tantos otros representantes de la Ilustración va a volver su mirada hacia América buscando un punto de referencia para

⁹² P. Gay, *The Enlightenment. The Science of freedom*, 558.

⁹³ O. C. XVIII, 292 .

⁹⁴ *ibid.*, 295.

Europa. A pesar del espectáculo que, en líneas generales, ofrece América, devastada por la codicia de los conquistadores, hay, resalta Diderot en el libro XVIII de la *Historia de las dos Indias*, una región del Nuevo Mundo en la que viven los descendientes de aquel país que en su momento supo hacer de la libertad política “el fundamento y la base de su constitución”, y en la que sus pobladores han sabido permanecer libres como la naturaleza que les rodea. Señalábamos cómo se había comenzado el siglo tomando a Inglaterra a modo de referente de la Europa ilustrada. Ahora esa función la desempeñan las colonias de América del Norte en lucha contra la metrópoli.

Por lo demás también Diderot se refiere al doble papel que Europa desempeña respecto a América. Por una parte es cierto que el gobierno inglés reprime las ansias de libertad – el “amor violento a la libertad” – del pueblo americano. Pero por otra Diderot no deja de señalar que los principios que orientaban a los rebeldes habían surgido en Europa y que fueron trasladados a América por la filosofía. De ahí la situación conflictiva de un país como Inglaterra: “Se echaba mano contra la metrópoli de sus propias luces”.

Pero esta herencia del pensamiento crítico europeo se va a mostrar especialmente fecunda en América del Norte. Un autor que tanta relevancia dio a la educación como fue Diderot no duda en afirmar que la educación encuentra en la América septentrional un horizonte más propicio para su desarrollo que en Europa. De ahí también que América quizá pronto esté en condiciones de emular al profundamente venerado mundo clásico: “Quizá pronto la Nueva-Inglaterra podrá citar sus Homeros, sus Teócritos, sus Sófocles. No faltan recursos, maestros, modelos. La educación se difunde allí, se perfecciona cada vez más”⁹⁵. Se trataba sin duda de uno de los mayores elogios que un autor como Diderot podía tributar.

Debido a esta fecundidad, América estará también en condiciones de ilustrar a Europa, sobre todo en el ámbito de la libertad política. A este respecto resulta bien significativo el excursus que le dedica a la Revolución americana en su ensayo sobre Séneca: “Después de siglos de opresión general, ¡ojalá la revolución que acaba de producirse más allá de los mares, al ofrecer a todos los habitantes de Europa un asilo contra el fanatismo y la tiranía, instruya a quienes gobiernan a los hombres acerca del uso legítimo de su autoridad!”⁹⁶. Si la educación en América, en líneas generales, parecía poder servir de modelo para Europa, más podrá serlo todavía en lo relativo a la libertad política, al tratarse de un gran pueblo que logró llevar a la práctica los principios que articulaban la Ilustración.

⁹⁵ D. Diderot, *Pensées détachées*, I, 385.

⁹⁶ O. C. XXV, 355.

Lo mismo que en el caso de Tahití y de Rusia, los americanos representaban a un pueblo joven, sin las trabas de viejas y sobre todo injustas legislaciones. Pero la visión diderotiana de Tahití tenía mucho de reconstrucción utópica y Rusia por su parte no había sabido abordar con valentía y decisión el problema de la articulación de su libertad política. Por eso América no sólo constituye, desde un punto de vista cronológico, la última referencia política que Diderot cree encontrar para la vieja Europa sino también la que le resultaba más convincente. Diderot no podía menos de hacer votos para que los americanos tuvieran la sabiduría suficiente para evitar aquellos males que habían propiciado la corrupción y el declive de los Estados europeos, en concreto de la antigua metrópoli.

En definitiva, en los últimos años de su vida Diderot consideraba que había encontrado en la Revolución americana un referente idóneo para su idea de una Europa racional. Ciertamente es difícil infravalorar la relevancia que ese modelo va a tener en Europa, sobre todo en la Francia prerrevolucionaria y revolucionaria. Sólo que Diderot, condicionado excesivamente por su concepción historiográfica de carácter organicista, no estuvo en condiciones de prever y valorar la inminencia del estallido revolucionario en Francia que iba a conmocionar los fundamentos de la sociedad europea. Con ello Europa parecía mostrar una capacidad de metamorfosis y de renovación que iba más allá de lo que una concepción organicista parecía autorizar. Por lo demás también aquí, a pesar de las distorsiones y violencias que van a tener lugar, cabría decir que a través de la Revolución francesa la herencia ilustrada va a condicionar el destino de una nueva fase en la historia de Europa. Al margen de las limitaciones de su concepción historiográfica, no cabe duda de que un personaje como Diderot ocupaba un lugar relevante entre aquéllos que habían propiciado tal desenlace.